

Amigo mío
(relato)

307

Hola amigo mío:

Te escribo esta para darte las gracias por los gratos momentos que pasamos juntos ese día en que nos encontramos en el bar, el que está en la esquina de la plaza del pueblo en que vives.

Después de irme, me propuse que a la menor oportunidad volvería y recorrería las calles recordando viejos momentos.

Te diré que el pasado fin de semana de Enero, así lo hice, sería alrededor de las siete y media de la tarde cuando como te decía, paseando yo por la plaza, os ví.

Estábais sentados, tu señora esposa, tus dos hijos y tú, alrededor de esa mesa que ese bar suele instalar bajo el portal, me iba a acercar a saludaros, pero al veros allí juntos, disfrutando de unos refrescos, tú en realidad leyendo un periódico, tu señora esposa a la que recuerdo con cariño, aunque no la conozco, cuidando que uno de tus retoños no derramara el refresco y manchara su ropa, mientras el otro, estaba muy bien sentado, atento a tí.

No me acerqué, pero me senté en un banco frente a vosotros, de los que suelen estar instalados permanentemente alrededor de la plaza, y quedé embelesado, admirando la hermosa familia que componíais.

Y vinieron a mi mente recuerdos de cuando al salir del trabajo, nos reuníamos en ese mismo bar, y mientras bebíamos un par de cervezas, tu nos relatabas lo mucho que querías a tu esposa, y lo mucho que ella te quería, de como ella, al llegar tu a casa ya tenía la cena servida y a punto para que

tu te deleitases saboreándola,
de como amorosamente te planchaba las camisas,
incluso se ocupaba de darles apresto.
Y nos contabas de como brillaba el suelo de tu hogar,
y lógicamente siempre dispuesto tu programa favorito de deportes
en la televisión.

También recuerdo que nos decías, que tenía los ojos mas hermosos que tu
habías visto en tu vida, que sus labios carnosos y tiernos , era de los que te
habías enamorado.

Esos mismos que a la luz de la farola que bañaba tenuemente la
superficie de la mesa, y que por rara casualidad despedía,
como si de un espejo se tratara, un fino haz de luz blanquecina
posándose a un costado de su boca,
precisamente en la comisura de sus labios, y comprobé,
que lo que tú nos habías dicho era cierto.

Labios tiernos y carnosos, "probablemente" por efecto del reflejo de esa
luz ya mortecina noté, que la parte izquierda de su boca,
la que constantemente cubría con su mano,
era un poco mas carnosa.

Incluso pude vislumbrar, (en un momento en que retiró su mano),
que un hilillo de algún líquido oscuro,
(sería parte de la bebida), iba recorriendo desde su boca a
su barbilla un camino lento y sinuoso,
(como un río, buscando...
como queriendo encontrar un acantilado lo suficientemente
profundo donde poder verter el arrollador
caudal de que se componía).

Solo que me pareció (imaginaciones mias), que ya conocía el camino,
posandose suavemente en una palpitante vena que en su fino
cuello se agitaba entrecortadamente, como gimiendo,
como implorando, como diciéndo:
"Abre tus puertas por favor, que yo no tenía que haber salido".

También recuerdo que con orgullo nos decías,
que tus hijos eran tu vivo retrato, despiertos, traviosos,
siempre jugando, inquiriendo de ti cualquier duda que podía
aquejarles,

"(Papá. ¿Por qué los pájaros vuelan?.

Papá. ¿Por qué el cielo es azul?.

Papá. ¿Por qué la lluvia moja?. Papá.

¿Por qué los perros no hablan?.

Papá. ¿Por qué...?)".

Por eso también me sorprendió verlos sentados, tan quietos,
casi sin moverse de sus sillas,
cualquiera diría que eran los niños mejor educados de los alrededores.

Cuando ya estaba a punto de marcharme, algo me detuvo,
vi que dejabas el periódico a un costado, y con un gesto "protector",
me recordó de cuando me dabas consejos (era joven yo),
de como se debía amar a los hijos.

Como te digo, vi que alargabas tu mano,
y con la palma de ella abierta la posabas "cariñosamente" en la mejilla
de tu hijo el mayor, éste, seguramente acostumbrado a tus caricias,
no cogió tu mano y la apegó mas aún a su mejilla,
como lo suelen hacer mis pequeñas cuando yo las acaricio.

Si no que giró su pequeña cabecita, y al hacerlo me encontré con su mirada.

¡Qué ojos mas hermosos!...Jamás había visto ojos tan negros y tan
profundos...

Que lástima que durara un par de segundos, por que sin saber como,
vi algo como un relámpago.

¡¡No!

¡Un huracán! . ¡¡Un torbellino!! que apareció de la nada,

y envolviendo a tu retoño,

en algo que parecía como un escudo,

se interpuso entre tu mano "acariciadora"

y la mejilla roja ya, de tu primera caricia,
y lo cogió en sus brazos...

No pude saber lo que pasó después, porque en ese momento se
acercaron a mi los tres tesoros de mi vida, (mis dos pequeñas
y mi amada compañera), esa compañera que elegí para mis tiempos
felices, pero que jamás me ha dejado
solo en los tiempos de dificultad.

Por que ya sabes amigo mío, que mi economía nunca ha sido tan
boyante como la tuya, pero como te decía yo en esos tiempos,
"solo quiero una familia a quien amar".

Ahora me despediré de ti, deseándote tranquilidad en tu vida
y una muy pronta recuperación del desgraciado accidente,
(lo supe por el periódico) en que perdiste tus manos.

Agradeceré toda mi vida el haberte conocido, si no es por ti,
padre amoroso con tus hijos, amante compañero de tu
amante compañera, trabajador incansable,
si no es por ti reitero, no habría encontrado
los tesoros que tengo.

P.D.

La otra tarde fuimos, mi compañera, mis hijas y yo al parque,
y nos encontramos con tu señora esposa junto a esos preciosos
hijos que tenéis.

Estuvimos casi hasta el anochecer jugándo, riéndonos,
saboreándo unos helados, y mientras tendidos en la hierba
charlábamos de lo bonito que es vivir,
y de lo justa que es a veces la vida, por fin... si,
después de tanto tiempo,
pude ver esos profundos ojos negros, de los que tú... amigo mío...
un día te enamoraste.

Y vi, como tu hijo... el mayor, viva imagen tuya,
alargaba su bracito y con la palma de su mano abierta,

acariciaba con protectora ternura,
la mejilla de su hermanito pequeño, y éste, con su mas pequeña manita,
cogía la de su hermano mayor,
y la apretaba hacia su mejilla...
igual como hacen las mías cuando las acaricio yo.

Otra Post Data:

Estos veinte minutos que he tardado en escribirte esta carta,
es el tiempo que no he estado junto a mi familia.
Como tu comprenderás, (ya que así tu me lo enseñaste),
he decidido nunca mas perder esos preciosos minutos en algo
que como puedes ver,
al final no tiene ninguna importancia. .